

# AMÉRICA Y ESPAÑA, CINCO SIGLOS DESPUÉS

POR

**JOSEPH PÉREZ**

## RESUMEN

A raíz de la emancipación (1810-1825), los territorios que formaban parte del imperio colonial español de América dieron la impresión de querer apartarse de la madre patria para buscar modelos de desarrollo en el mundo anglosajón. A principios del siglo XX, empezó a formarse una tendencia opuesta, la que reivindicaba la latinidad de la América hispánica y su originalidad en relación con la otra América. Esta tendencia es la que parece más vigente a principios del siglo XXI.

*Palabras clave:* colonia, América latina, América anglosajona.

## ABSTRACT

As a result of their liberation (1810-1825), the territories that had formed part of the colonial Spanish empire of America appeared to wish to separate from the mother land, to look for models of development in the Anglo-Saxon world. At the start of the 20<sup>th</sup> century, the opposite trend started to appear, that which reclaimed the latinity of Hispanic America and its origins with regard to the «other» America. This tendency is that which appears to be currently in force at the beginning of the 21<sup>st</sup> century.

*Key words:* colony, Latin America, Anglo-Saxon

¿Qué huellas de España quedan, cinco siglos después, en aquellos territorios descubiertos por Colón entre 1492 y 1504 y en los virreinos conquistados por Hernán Cortés y Pizarro entre 1520 y 1550? Estos territorios forman lo que hoy suele

llamarse América latina o Hispanoamérica o Iberoamérica. Sea cual sea el nombre que se le dé, el concepto posee las virtudes y defectos de todas las abstracciones y de todo *ideal-typus*; permite destacar algunos rasgos generales que llaman la atención sobre lo que une a las naciones que fueron colonizadas por España y Portugal, mayormente si se les compara con la otra América, la anglosajona, la del norte: en lo que se refiere a la cultura, una impregnación católica fuerte, unas lenguas —el castellano o el portugués— de origen latino, unas formas de pensar, sentir y vivir; unas actitudes y costumbres psicológicas, intelectuales, sociales; en lo que se refiere a la historia, una situación económica de subdesarrollo, una vida política marcada por la violencia y formas de gobierno poco democráticas por lo general: el caudillismo, regímenes autoritarios a pesar de la evolución reciente, todavía frágil.

Si queremos ir más allá en el análisis, tendremos que constatar los fallos de este nominalismo: lo que encontramos en la América latina, más allá de aquellas características muy generales, son naciones concretas que tienen problemas específicos, los cuales no siempre coinciden con los de las naciones vecinas. En 1949, al reseñar el libro del peruano Luis Alberto Sánchez, *¿Existe una América latina?*, Fernand Braudel no ocultaba su perplejidad: «Se puede decir sin más que existe una tradición ibérica, indígena, mestiza, y que esta tradición es una?»<sup>1</sup> Hace unos treinta años, Frédéric Mauro distinguía por lo menos dos Américas latinas: la una oriental, constituida por las Antillas, Venezuela, las Guayanas, Brasil, la Plata; la otra occidental, la de los Andes y la central. Las dos se oponen por la geografía y el clima (llanuras o páramos al este, sierras al oeste), la población, según que encontremos huellas de grandes civilizaciones indias o no, según que estemos en presencia de fuertes agrupaciones de negros, etc<sup>2</sup>. En el campo de la cultura, las diferencias no son menores y hoy en día se prefiere hablar de novela mejicana, argentina, colombiana... más que de literatura latinoamericana en general.

<sup>1</sup> BRAUDEL (1949). p. 41.

<sup>2</sup> MAURO (1974). p. 53-64.

Histórica y culturalmente, las naciones colonizadoras, España y Portugal, han creado en América una sociedad mestiza a diferencia de lo que ha ocurrido en las antiguas colonias francesas y sobre todo inglesas. Por lo general, éstas últimas no han tenido que cambiar de idioma, de religión, de cultura: un Iraní, un Hindú, un Chino forman parte de una civilización original; en cambio, en América latina, las naciones colonizadoras han impuesto unas lenguas —el castellano o el portugués—, una religión —el catolicismo—, unos hábitos, unas instituciones, unas formas artísticas importadas de Europa y que se combinan con el legado indígena. América latina constituye pues una prolongación de la civilización española o portuguesa, pero con sus peculiaridades: la presencia de indios y negros; es una sociedad racial y culturalmente mestiza.

Esta peculiaridad ha dado lugar históricamente a dos actitudes opuestas desde la emancipación hasta la época actual:

- la voluntad de acercarse cuanto antes al modelo occidental, lo que podríamos llamar la integración a Europa;
- la búsqueda de una vía original, la de una supuesta identidad latinoamericana.

## 1. LA INTEGRACIÓN AL MODELO OCCIDENTAL

A raíz de la emancipación, los pueblos de América latina se han preocupado por romper los lazos que les unían con el pasado colonial. Al mismo tiempo que la emancipación política pretendieron obtener también la emancipación cultural e integrarse cuanto antes en el grupo de las naciones desarrolladas —en el siglo XIX se decía: civilizadas—, cuyo modelo estaba fijado por la Europa del norte, ya que no se concebía otra vía que la que proponía la Europa industrial. A esta voluntad de modernización rápida conviene relacionar el pensamiento de Sarmiento en Argentina o la moda del positivismo en casi toda la América latina. Nótese de paso que, a juicio de los próceres de la emancipación, España no formaba parte en aquella época del grupo de las naciones desarrolladas.

Civilización o barbarie, éste es el dilema que plantea el polígrafo y político argentino Sarmiento (1811-1888) en su libro más famoso, *Facundo* (1845). Argentina tiene lo uno y lo otro; la cuestión es saber cuál de los dos dominará: por una parte, un modo de vida arcaico, agrario, pastoreo, relacionado con las tradiciones españolas, modo de vida que encuentra su expresión política en la dictadura de los caudillos, productos de la pampa; por otra parte, una sociedad que hay que crear a partir del comercio y de la industria, una sociedad urbana, abierta al mundo exterior, que se nutre del pensamiento de las Luces. «En la república argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno, dentro de las ciudades; el otro, en la campaña»<sup>3</sup>. Córdoba contra Buenos Aires. «Córdoba española por educación literaria y religiosa, estacionaria y hostil a las innovaciones revolucionarias, y Buenos Aires, todo novedad, todo revolución y movimiento (...). Córdoba de la España, los Concilios, los comentadores, el Digesto; Buenos Aires, de Bentham, Rousseau, Montesquieu y la literatura francesa toda»<sup>4</sup>. En un primer momento, la Meca, para Sarmiento, será París, «esta Francia de nuestros sueños», pero acabará por apartarse de Francia y volverse hacia el modelo norteamericano.

Sarmiento da la impresión de renegar de España, lo mismo que su compatriota y contemporáneo Juan-Bautista Alberdi (1810-1884) quien no duda en declarar que España es la responsable de todos los males que sufre el país y lanzar un vibrante llamamiento a los anglosajones, raza superior y progresista, para una nueva colonización<sup>5</sup>. Este rechazo de la madre patria se comprende: las guerras de emancipación (1810-1825), guerras civiles entre hispánicos más que guerras entre americanos y

<sup>3</sup> SARMIENTO (1929). p. 63.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>5</sup> CORONA (1953). p. 539.

españoles, dejaron destrozadas a las nuevas naciones; los opulentos virreinos de antaño —México, Lima, Nueva Granada y Buenos Aires— se encontraron con unas instituciones, una economía y una sociedad arruinadas; todo estaba por hacer y ya no se podía contar con las elites venidas de España, elites que, en el último tercio del siglo XVIII sobre todo, pese a todo lo que se ha podido decir y escribir, fueron las que introdujeron las luces y las reformas en América. Las primeras generaciones de políticos hispanoamericanos reaccionaron achacando todos los males que padecían sus patrias a la mala suerte de haber sido colonizadas por una España atrasada, rutinaria e intolerante<sup>6</sup> y buscaron otros modelos en las naciones que parecían encabezar entonces la civilización y el progreso. Para Sarmiento, España es «un pueblo feroz, andrajoso y endurecido en la ignorancia y la ociosidad», que ha inoculado a los territorios americanos un veneno que conviene combatir por medio del progreso de la industria y por la libertad de comercio.

Esta actitud fue la que, a finales del siglo XIX, llevó a privilegiar la ideología positivista en el subcontinente latinoamericano; sirvió como elemento de ruptura frente al pasado colonial, frente a la concepción escolástica, metafísica y católica de la monarquía española<sup>7</sup>. Estamos en la línea que anunciaba Sarmiento, sólo que ahora esta temática se convierte casi en ideología de Estado en la segunda mitad del siglo XIX; los militares brasileños tratan de imponerla entre 1889 y 1898; los llamados «científicos» mejicanos hacen otro tanto en la época del Porfiriato, lo mismo que los partidarios venezolanos de Juan Vicente Gómez. Esta forma latinoamericana del positivismo es más pragmática y utilitaria que metafísica; se caracteriza por el anticlericalismo, el culto a la ciencia práctica y aplicada, el fomento de la industria. Se escuda desde luego detrás del nombre

---

<sup>6</sup> La cosa llegó a extremos: con una audacia inédita, los descendientes de los conquistadores, de los que habían sometido, expoliado y explotado a los habitantes de América, reivindicaron el pasado precolombino del continente y reiteraron contra los españoles de la metrópoli las acusaciones que en el siglo XVI Las Casas lanzara contra la conquista y la opresión colonial.

<sup>7</sup> ABELLÁN (1972), p. 91.

del fundador de la escuela, Auguste Comte, pero las influencias anglosajonas, por más discretas, no son menos importantes. La ideología del desarrollismo ha sustituido en parte del siglo XX la del positivismo, pero el espíritu sigue siendo idéntico: se trata de integrarse a la comunidad de naciones civilizadas o, si se quiere, dicho de otra forma, de escapar del subdesarrollo.

## 2. LA IDENTIDAD LATINOAMERICANISTA

El afán por asimilar las formas de pensamiento y la cultura características de las naciones vistas como las más desarrolladas de la época acaba, sin embargo, por provocar desencantos y rechazo en la América hispánica. Contra el modelo anglosajón, y concretamente contra los Estados Unidos, considerados como los mayores exponentes de la modernidad, reaccionan a finales del siglo XIX varios intelectuales de América latina. En *Ariel*, el libro que publica en 1900, poco después del desastre español de 1898, el uruguayo José Enrique Rodó (1872-1917) denuncia la *nordomanía*, sinónimo de materialismo, el racionalismo, la plutocracia, el imperialismo norteamericano que, después de haber anexionado la mitad de Méjico, está ejerciendo una especie de protectorado sobre todo el subcontinente; el mismo Rodó aboga por una América hispánica unida y por un panamericanismo latino. Antes, el cubano José Martí (1853-1895) también se había lanzado a una crítica feroz de Estados Unidos: por grande que sea aquella nación —escribía en sustancia—, por más prestigio que tenga la cuna de Lincoln, para un cubano siempre será más querida la América de Juárez, «nuestra América». Después, hacia 1920, el peruano Mariátegui se pronuncia contra el cientificismo, el racionalismo desencarnado, «el respeto supersticioso de la idea de progreso». Por las mismas fechas, el mejicano Vasconcelos contraponen la América del norte y la América mestiza del sur: «La sajona fue una América libre y abierta para todos los blancos, hecha con los mismos hijos del continente antiguo, mientras que la nuestra es patria y obra de mestizos, de dos o tres razas por la sangre y de todas las culturas por el espíritu» (conferencia en Lima, 1916). Es

interesante notar que actitudes semejantes pueden encontrarse en España a finales del siglo XIX a propósito de la polémica sobre la europeización; pensemos en la frase de Unamuno: no me interesa la japonización de España; que inventen ellos.

A mediados del siglo XIX, se había acuñado una expresión llamada a un éxito rotundo, la de América latina, concepto que los intelectuales y políticos franceses parecen haber sido los primeros en utilizar en temprana reacción al despegue de la otra América, la del norte y anglosajona<sup>8</sup>. Según Frédéric Mauro, la fecha importante, la que señala una ruptura con lo anterior, es un poco posterior a la emancipación política; es en torno a 1830 cuando empieza a despegar la América anglosajona con unas formas de desarrollo e industrialización que van a convertirla en la primera potencia económica del mundo. Por las mismas fechas, las antiguas colonias españolas y portuguesas, las primeras en haber recibido el impacto de Europa, pasan a segundo plano y entran en una fase de dependencia económica<sup>9</sup>.

Desde luego, las diferencias entre las dos Américas no se pueden negar. Los conquistadores, primero, luego los pobladores y emigrantes sucesivos llevaron consigo no sólo una lengua, una religión y una mentalidad peculiar, sino también unas instituciones, unas formas de organización política, económica y social que eran las de la España de los siglos XVI, XVII y XVIII. A este respecto, conviene recordar las grandes diferencias que existen entre las colonizaciones española e inglesa. La colonización española era preferentemente urbana: lo primero que hacían los conquistadores españoles era fundar una ciudad con su plaza mayor en torno a la cual se levantaban la catedral, el palacio del gobernador, la audiencia judicial y a partir de la cual se repartían las calles según el plan cuadrangular todavía hoy

---

<sup>8</sup> Sin embargo, la expresión de América latina habría sido empleada por primera vez en 1856 por el colombiano José María Torres Caicedo, en un poema compuesto en Venecia, *Las dos Américas* (ARDAO, 1980). Pero fueron los franceses los que le dieron su sentido definitivo; CHEVALIER (1863) escribe que Francia debe ayudar a las naciones latinas, hermanas de América, a resistir a la expansión anglosajona, sobre todo la que viene de los Estados Unidos.

<sup>9</sup> MAURO (1982), p. 137-168.

característico de tantas aglomeraciones hispanoamericanas. A los españoles les interesaba sobre todo el subsuelo, las minas de oro y plata; por eso, y durante los dos primeros siglos de la época colonial, descuidaron los territorios sin recursos mineros; sólo a partir del siglo XVIII empezaron a interesarse por zonas como la pampa argentina, los llanos de Venezuela, las islas del Caribe donde el cultivo y la ganadería podían proporcionar productos muy cotizados en el mercado europeo: la carne, los cueros, la lana y, sobre todo, el azúcar, el café, el chocolate, el tabaco... En todos los casos, los españoles tendieron a señorear las zonas conquistadas, aprovechando la mano de obra de los indios. Todo ello era fruto de una herencia histórica y cultural, la de la España medieval: como en tiempos de la Reconquista, al guerrero le interesaba fundamentalmente medrar, subir en la escala social, adquiriendo al mismo tiempo en el combate honra y provecho, una categoría social elevada y una fortuna que le permitiera vivir como caballero, es decir en el ocio.

En cambio, la colonización anglosajona tenía otros caracteres: se llevó a cabo por disidentes religiosos, gentes insatisfechas en su patria de origen, que venían a buscar, más allá de los mares, formas de vida libres e independientes. No eran soldados los que se trasladaban a América, sino campesinos que venían con sus familias y estaban dispuestos a trabajar con sus manos. No necesitaban a los indios como mano de obra; al contrario, los indios estorbaban; por ello los colonizadores anglosajones los empujaron hacia el oeste y trataron de exterminarlos. Pocas ciudades crearon. A finales del siglo XVIII, el contraste debía de ser enorme entre una ciudad como Méjico que podía competir con las grandes urbes de Europa con sus edificios, su catedral, sus iglesias, conventos, universidades y colegios, y las pobres aglomeraciones del norte del Río Grande.

Las cosas cambian profundamente a principios del siglo XIX. Entonces se produce un desplazamiento radical en la riqueza y el desarrollo: las antiguas colonias inglesas, independientes desde 1783, se convierten en un foco dinámico y empiezan una ascensión que las transforma en un siglo en la primera potencia del mundo. Mientras tanto, las colonias españolas que, entre 1810 y 1825, se han emancipado de la metrópoli, caen en el

caos, el subdesarrollo, la miseria, las luchas civiles... No es el momento ahora de buscar explicaciones para tamaña decadencia; basta con señalar la trascendencia del cambio. Entonces nace, en los anglosajones, la idea de la superioridad de su forma de vida sobre la de las naciones hispánicas. Los norteamericanos se ven a sí mismos como los representantes y exponentes de la democracia, la libertad y el progreso. Y esto va a tener hondas consecuencias: se considera a las gentes que viven al sur del Río Grande como incapaces de organizarse social y políticamente, de realizar mejoras económicas y crear fuentes de riqueza. Durante todo el siglo XIX y parte del XX, las naciones anglosajonas se creen superiores a las demás, a las latinas y católicas. Esta idea viene reforzada por la decadencia de la antigua metrópoli, España, que ha dejado de ser una potencia de primer plano en el mundo. Todo lo que era español y venía de España parecía inclinar al descuido, la indolencia, la indisciplina.

Aquellas diferencias entre las naciones europeas y sus antiguas colonias americanas, ¿eran efecto de diferencias étnicas? Para los franceses de mediados del siglo XIX, referirse al concepto de latinidad era una manera de reaccionar contra la tendencia de los anglosajones a considerar su raza —la germana frente a la romana— y a su religión —el protestantismo frente al catolicismo— como superiores en todos los aspectos. La expresión América latina tuvo en seguida gran éxito, sobre todo en las naciones directamente interesadas porque les permitía a la vez oponerse a sus potentes vecinos del norte y reivindicar un parentesco cultural con la parte de Europa que parecía entonces culturalmente más avanzada, Francia, manteniendo la desvinculación de la madre patria, España.

Por los mismos motivos, en España siempre se rechazó el nombre y la idea de América latina en la que se vio una manifestación del imperialismo cultural francés; para España, las naciones desgajadas de la madre patria a principios del siglo XIX no eran latinas, sino hispanoamericanas, cuanto más iberoamericanas. Conforme avanzamos en el siglo XIX, y sobre todo en el XX, vemos disminuir los prejuicios contra España en las naciones de América. Hacia 1925, el mejicano Vasconcelos escri-

be: «Hagamos que nuestra América sea hispánica, que sea ibérica, que sea india, que sea universal, pero no latina [...]. Queremos la unión de los pueblos ibéricos sin excluir a España y comprendiendo expresamente al Brasil, y tenemos que excluir a los Estados Unidos, no por odio, sino porque ellos representan otra expresión de la historia humana»<sup>10</sup>. El mismo acaba confesando que «La creación de las nacionalidades latinoamericanas fue un caso de suicidio colectivo»<sup>11</sup>. Vasconcelos renunciaba pues a la latinidad para reivindicar su hispanidad.

### 3. LA TEMÁTICA ACTUAL

Dos hechos llaman la atención del viajero que llega hoy a los Estados Unidos de América por primera vez: la cantidad de topónimos de origen español y la difusión de la lengua española. El primer hecho es notable sobre todo en los territorios situados en el sur: California, Nuevo Méjico, Tejas, etc. Puede decirse que, casi a cada paso, nos encontramos con ciudades, a veces importantes, con nombres españoles: San Francisco, Los Ángeles, Sacramento, San José, Santa Bárbara, San Diego, Los Álamos, Alburquerque, Santa Fe, Las Cruces, El Paso, Amarillo, San Antonio, etc. En cambio, la difusión de la lengua española se extiende mucho más allá de aquellos territorios y llega hasta Canadá. Los dos fenómenos responden a causas distintas. El primero es un legado de la historia; recuerda el avance de la penetración española en el continente americano durante la época colonial. El segundo es de naturaleza sociológica: refleja las grandes olas de emigración de la América hispánica, de la península ibérica o de las islas Canarias en los últimos cincuenta años.

A pesar de todo, hasta mediados del siglo XX por lo menos, los anglosajones han seguido considerando a los latinos e hispanos como inferiores. El cine ha contribuido a difundir esta imagen negativa de lo hispánico. La frontera entre Méjico y

<sup>10</sup> VASCONCELOS (1925).

<sup>11</sup> FELL (1986), p. 112.

Estados Unidos es el escenario favorito, el espacio privilegiado de muchas de las películas norteamericanas, llamadas del oeste; en ellas, se notaba con frecuencia la idea de la superioridad de la cultura anglosajona sobre la hispánica. Los norteamericanos, anglosajones y protestantes, se consideran a sí mismos como el pueblo elegido por Dios y miran con desprecio los españoles y sus descendientes. La barrera del idioma, las diferencias étnicas y religiosas son interpretadas como otras tantas señales de distanciamiento. En aquellas películas, el mejicano es muchas veces presentado como sucio, indisciplinado, perezoso... Estos prejuicios han acabado por influir en los mismos habitantes de origen hispánico que viven en los estados del sur. Los chicanos de Nuevo Méjico, por ejemplo, prefieren llamarse *Spanish American* antes que *Mexican American*; la etiqueta *mexican* se considera como un insulto<sup>12</sup>.

Hace falta llegar a los años 1950 para que se rectificaran estas ideas y se desecharan en parte estos prejuicios. Dos series de acontecimientos contribuyeron a ello. Primero, las responsa-

---

<sup>12</sup> De esta forma, procuran los chicanos, descendientes de los primeros pobladores, distinguirse de los mejicanos que han inmigrado en los últimos años y que son mucho más menospreciados por los Anglosajones. Conviene recordar que, a mediados del siglo XIX, a raíz de la anexión, fue un obispo francés, J. B. Lamy, el que fue encargado de «civilizar» a aquellos «salvajes» que eran los mejicanos. Nuevo Méjico tuvo que esperar hasta 1912 para formar parte integrante de la Unión. Así y todo, la discriminación contra los chicanos siguió hasta los años 1970, por lo menos; no fue tan fuerte como la que tocó a los negros pero pudo llegar en ocasiones a extremos parecidos, como lo muestra lo que ocurrió hacia 1975, cuando los familiares de Félix Longaria, un soldado de San Antonio (Tejas) muerto en la guerra del Vietnam, descubrieron que no tenían derecho a enterrarlo en el mismo cementerio que los Anglos, junto con sus compañeros de armas. Para evitar un escándalo mayúsculo, el presidente Johnson ordenó que se le diera sepultura en el cementerio nacional de Arlington, con todos los honores militares. El Estado de Nuevo México, fundado por Juan de Oñate hace cuatro siglos, es un caso de gran interés. Cuenta con sólo millón y medio de habitantes pero con el mayor índice de hispanos —el 39 por ciento—, de los cuales la gran mayoría se declaran «españoles» porque descienden de los colonos y nunca aceptaron en su corazón ni la independencia proclamada en la lejanía de la Ciudad de México en 1823 ni la anexión en 1848 por los Estados Unidos.

bilidades que recaían sobre los Estados Unidos en relación con Hispanoamérica, zona subdesarrollada, tercermundista, que había que ayudar a salir del marasmo. Se dio un impulso decisivo a los estudios económicos, sociales, étnicos, antropológicos... sobre las sociedades de Hispanoamérica. Estos estudios permitieron adentrarse en la complejidad de los problemas y remontarse a sus orígenes, es decir a la época colonial y, por lo tanto, a la península. Otra circunstancia, casual ésta, vino a reforzar este interés por los temas hispánicos. Fue, a raíz de la guerra civil española, la llegada a Estados Unidos de unos intelectuales muy capacitados que formaban parte de la elite cultural de España y que encontraron refugio en las grandes universidades de Estados Unidos. Pensemos en lo que pudo significar la docencia de un Américo Castro, un Pedro Salinas, un Jorge Guillén y tantos otros en los campus norteamericanos. Estos maestros de inmenso prestigio dieron de España y de su civilización una idea totalmente distinta de la que se tenía hasta entonces. Ellos explicaron que España no siempre había sido una nación de segundo orden, sumida en el caos, la miseria y la ignorancia; había tenido y seguía teniendo una literatura, un arte, una civilización que merecían respeto y consideración. La conjunción de estas dos circunstancias —el crecido interés por la situación en Hispanoamérica y el auge de los estudios hispánicos en las universidades— fue lo que constituyó el punto de arranque verdadero del auge actual de la cultura hispánica en Estados Unidos; el desprecio tradicional hacia lo hispánico está retrocediendo; muchos hispánicos ya no aceptan las discriminaciones de que habían sido objeto durante más de un siglo.

A este resultado ha contribuido la lucha de los hispanos. El movimiento chicano de Nuevo Méjico empezó en 1965 con unas bases reivindicativas que consistían en los puntos siguientes: acabar con el estado de segunda categoría al que se había relegado a los chicanos desde la anexión del territorio, a mediados del siglo pasado, y exigir la aplicación del tratado de Hidalgo-Guadalupe (1848): «Exigimos —explica la profesora Erlinda GONZÁLEZ, catedrática de la universidad de Alburquerque, en Nuevo México— ... los derechos otorgados por el tratado de Guadalupe Hidalgo, que no son otros que los derechos consti-

tucionales de todo ciudadano estadounidense. Estos artículos constitucionales... nos daban el derecho a preservar nuestra lengua y nuestra cultura, es decir, nuestra latinidad<sup>13</sup>. En Tejas, en los años 1970, el *Viva Kennedy Club* se formó para permitir a los hispanos participar en la vida política en un plan de igualdad con los demás ciudadanos; en el mismo sentido trabaja el partido *Raza Unida* de José Gutiérrez, fundado en 1970. El resultado ha sido la elección, en 1981, de Henry Cisneros como alcalde de San Antonio, el primer mejicano-americano a llegar a este puesto en una gran ciudad de Estados Unidos. Lo mismo se podría decir de otros sectores de la república.

No quiere decir esto que toda discriminación de tipo cultural o étnico haya desaparecido, ni mucho menos, pero las cosas están evolucionando rápidamente y ahora nadie discute seriamente la importancia que tuvo y tiene la cultura española en el mundo contemporáneo. De todas formas, mientras no se mejore la situación económica y social de los hispanos, las ventajas obtenidas en el plan político estarán siempre precarias. Un grupo étnico difícilmente puede conseguir ventajas políticas si no dispone del poder económico, lo cual, hoy en día, resulta problemático para muchos hispanos. Estos, sin embargo, han perdido ya casi por completo su antiguo complejo de inferioridad y reivindican plenamente su integración en una cultura que, no por ser distinta de la anglosajona, deja de poseer su dignidad y su prestigio. La partida no está definitivamente ganada, ya que los latinos ocupan todavía las capas más pobres de la población y están muy atareados ganándose la vida. Pero, en algunos sectores de los Estados Unidos, los anglosajones están preocupados, lo que revela la campaña que se ha iniciado para eliminar la educación bilingüe y convertir al inglés en el único idioma oficial. Pensemos en el referéndum que se celebró en California, el día 2 de junio de 1998; la Proposición 227 (inmersión lingüística en inglés), que fue aprobada con el 61 por ciento de votos afirmativos, impone a la población hispana de California una lengua de enseñanza, el inglés, que no es la que ellos han aprendido de sus padres.

<sup>13</sup> GONZÁLEZ (1986), p. 97.

En la práctica, sin embargo, los inmigrantes hispanos aprenden inglés al mismo ritmo que sus predecesores polacos o italianos. La ofensiva anglosajona, disfrazada de intento de enseñar inglés, pretende en realidad que abandonen el uso del español. Aunque los hispanos fuesen perfectamente bilingües, el hecho de que prefieran hablar español entre ellos les seguiría convirtiendo en un peligro porque les da una identidad cultural y una fuerza política. Desde su nacimiento, Estados Unidos ha digerido inmigrantes de cientos de idiomas diversos, desde el alemán al sueco o desde el polaco al italiano, que desaparecen con la segunda o tercera generación. Pero el español es el único rival mundial del inglés y los anglosajones temen la fractura del único vínculo común en un país de gran diversidad racial, religiosa, geográfica y económica. Se calcula, en efecto, que el grupo étnico-racial que añadirá el mayor número de personas a la población de los Estados Unidos será el de origen hispano. En 2003, en una población global de doscientos setenta millones de habitantes, este grupo representa casi 39 millones, más que los negros y los asiáticos; forma la primera minoría étnica del país; ya superan a los demás en cinco de las once mayores ciudades: Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, Houston y Miami; el afincamiento de los hispanos en Estados Unidos se centra en cinco Estados que reúnen el 75 por ciento de la cifra total: California, Texas, Florida, Nueva York e Illinois. En California, Texas e Illinois dominan los mexicanos. En Florida los cubanos y en Nueva York los puertorriqueños, seguidos ahora de cerca por los 700.000 dominicanos y por los colombianos.

Al comentar los resultados del referéndum de 1998 en California, el mejicano Carlos Fuentes escribía atinadamente:

«Los Estados Unidos tienen 270 millones de habitantes, y 28 millones entre ellos hablan español. A mediados del siglo que viene, casi la mitad de la población norteamericana será hispanohablante. Este es el hecho central, imparable, y ninguna ley va a domar realidad tan numerosa y bravía. El español es la lengua rival del inglés en los Estados Unidos. Este es el hecho escueto y elocuente. Es esta rivalidad la que encontramos detrás de la lucha por el español en Puerto Rico.

En la isla borinqueña es donde más claramente se diseña la rivalidad anglo-hispana. Los portorriqueños quieren conservar su lengua española. Pero este apego les veda el acceso a la estadidad, es decir, a convertirse en Estado de la Unión [...]. El temor de los legisladores norteamericanos que condicionan la estadidad a la renuncia de la lengua es, desde luego, el miedo de que, si Puerto Rico mantiene el derecho al español, Texas, Arizona o Nuevo México reclamen lo mismo. Y tendrán derecho a ello si una lectura fina del Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, por el que México cedió la mitad de su territorio nacional a la conquista bélica norteamericana, nos demuestra que los Estados Unidos contrajeron, al firmarlo, la obligación de mantener la enseñanza del español, de California a Colorado, y de las Rocosas al río Bravo».

Y termina Carlos Fuentes con estas frases:

«Los hispanohablantes norteamericanos son ya, según la expresión de Julio Ortega, los primeros ciudadanos del siglo XXI. En vez de hostigarlos, los Estados Unidos harán bien en reconocerlos como los más aptos mediadores culturales del nuevo siglo. Me explico: el hispano en los Estados Unidos no está casado con las amargas agendas del racismo; su composición mestiza faculta al hispano para mediar efectivamente entre negros y blancos [...]. Hace 150 años, los Estados Unidos entraron a México y ocuparon la mitad de nuestro territorio. Hoy, México entra de regreso a los Estados Unidos pacíficamente y crea centros hispanófonos no sólo en los territorios de Texas a California, sino hasta los Grandes Lagos en Chicago y hasta el Atlántico en Nueva York. ¿Cambiarán los hispanos a los Estados Unidos? ¿Cambiarán los Estados Unidos a los hispanos?»<sup>14</sup>.

O sea que, cinco siglos después, España, con su idioma y su cultura, está volviendo poderosamente a América, en aquellas zonas de América que sólo había empezado a colonizar cuando tuvo que desprenderse de la mayor parte de su imperio y que fueron ocupadas por una nación que parecía entonces en condiciones de imponerse definitivamente.

<sup>14</sup> FUENTES (1998).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLÁN, José Luis (1972), *La idea de América*, Madrid, Ed. Istmo.
- ARDAO, Arturo (1980), *Génesis de la idea y el nombre de América latina*. Caracas, Centro Rómulo Gallegos.
- BRAUDEL, Fernand (1949), Sur l'Amérique latine, *Annales, E. S. C.*, p. 38-47.
- CHEVALIER, Michel (1863), *Le Mexique ancien et moderne*. Paris, Plon.
- CORONA, Carlos E. (1953), Sarmiento y Alberdi, *Estudios americanos*, VI.
- FELL, Claude (1986), *Panamericanismo e iberoamericanismo; el debate entre los intelectuales latinoamericanos*, México, UNAM, p. 112.
- FUENTES, Carlos (1998). Los Estados Unidos por dos lenguas, *El País* 18 de junio.
- GONZÁLEZ, Erlinda (1986), La deslatinización del pueblo neomexicano, *La latinidad y su sentido en América latina*, México, p. 97.
- MAURO, Frédéric (1974), Amérique latine orientale et Amérique latine occidentale: une opposition historique, *Etudes offertes au professeur Jacques Lambert*, Lyon, Institut de droit comparé, p. 53-64.
- MAURO, Frédéric (1982), Remarques pour une histoire économique comparée des Amériques: les deux cassures, *Unité et diversité de l'Amérique latine*. Actes du colloque international de Bordeaux. Université de Bordeaux III-CNRS, t. I, pp. 137-168.
- SARMIENTO, Domingo Faustino (1929), *Facundo*, Buenos Aires, col. Argentina, t. XII, p. 63.
- VASCONCELOS, José (1925), *La raza cósmica*. Barcelona, Labor.